

la emancipacion, no en el mármol y el bronce, sino en la conciencia de un nuevo órden social?

En el fondo, la Constituyente, la Convencion, Napoleon, señalan diferentes épocas de un mismo principio. No creamos que todo se ha perdido cuando cualquiera de esas épocas desaparece, porque es para abrir paso á otra nueva. El ideal del porvenir que se desenvolverá por espacio de siglos debe encerrar y reconciliar á la vez la alteza moral de la Constituyente sin sus ilusiones, la energía de la Convencion sin la crueldad, el esplendor de Napoleon sin el despotismo. Hé aquí las ramas del nuevo árbol social. No sepultemos nuestro pensamiento en ninguno de esos momentos, porque los sucesos que los llenan no son tan grandes sino porque nadie puede reproducirlos. Su grandeza misma nos advierte que es ya hora de imaginar otros nuevos.

CONFERENCIA XV.

IDEAL DE LA DEMOCRACIA.

Por qué no es él catolicismo el alma de Francia.—Resultados de la Revolucion de 1830.—Una gran secta.—Nuevas teorías sociales comparadas á las de Campanella.—Porvenir de la democracia.—De la educacion del pueblo.—Conciencia de lo divino en el hombre; fuentes de la nueva legislacion.—¿Reemplaza el Estado á la Iglesia?—Un santuario superior al Estado.—La reforma de la reforma.—La Revolucion restituye la fé en lo imposible.—Causa de un divorcio de espíritu entre los hombres y las mujeres.—Como juzgar si una idea está en el plan de la Revolucion Francesa.—Conclusion.

Despues de Warteló, Byron canta los funerales de Francia. Se suprimen en su pasado los treinta años que más ha vivido, como se arranca á un cadáver en la autopsia el corazon y las entrañas. Entiérranse su bandera, sus armas, sus colores; nadie puede decir cual será su porvenir. Distribúyese su fortuna como un botin. La bandera blanca sirve de mortaja. Para pesar sobre el cadáver y tranquilizar al mundo,

siéntanse á los pies y la cabeza la vieja monarquía y la vieja Iglesia; despues de lo cual, la antigua Europa escucha atentamente, y no percibiendo ningun hálito de vida, se aleja; sus soldados repasan uno á uno la frontera sin volver la cabeza.

¿De dónde vendrá el socorro en esa hora de agonía? ¿Quién reanimará al gran herido? Si el catolicismo es aun bajo un concepto cualquiera la religion de Francia, ha llegado el momento de mostrarlo: hará causa comun con ella en su angustia; será el primero á vivificarla nuevamente. Pero acontece lo contrario. A cada esfuerzo que hace el país para cerrar sus heridas, la Iglesia lo rechaza; lo desposa, por el derecho divino, con una dinastía muerta. Nunca se vió lucha semejante: de un lado, una sociedad desfallecida que intenta sobrenadar; de otro, su Iglesia que trabaja por hundirla en el abismo. Ha habido momentos en que esos grandes esfuerzos para revivir, han escitado la piedad de Europa; la Iglesia no se ha conmovido. Ha sido hasta el último instante la aliada, la sombra inseparable del extranjero. En las cabañas un pedazo de bandera, un viejo uniforme, una escapapela oculta, eran las reliquias que mantenían la fé; pero la Iglesia no encontró en toda su liturgia ni un acento con que asociarse á ese dolor, á esa pasion de un pueblo; no supo más que empeorar su estado y si hubiera podido eternizarlo, lo hubiera hecho. No orando ya la Iglesia por la gran nacion difunta, fué necesario que un hombre,

que une la sonrisa á las lágrimas, desempeñase el oficio de cura de campaña; Beranger restituye la esperanza bajo cada techo con el *Dios de las buenas gentes*.

¿Habeis oido decir nunca que la Iglesia de Francia estuviera de luto, que repitiera dia y noche la liturgia de los agonizantes cuando el enemigo invadió el territorio sagrado? ¿Ha oido alguien el ruido de sus campanas, cuando los caballeros heréticos de Crimea y de Prusia vivaqueaban en el pórtico de Nuestra Señora? ¿Quién sabe, sin embargo, lo que habría podido producir el gemido solemne de una Iglesia realmente nacional; qué conmocion hubiera experimentado la tierra invadida y lo que quedaba de este pueblo guerrero! ¡Ah! si siquiera hubiera intentado este milagro, por mi parte se lo perdonaría todo. ¡Pero nó! vió agonizar al país con los ojos enjutos, vió á los cismáticos de Rusia y de Inglaterra extenderse como un mar por las ciudades y las aldeas de su hija primogénita, y en esos días terribles en que el cálculo desaparece, en que sólo el instinto se manifiesta, léjos de golpearse el pecho, se regocijó. Por el contrario, más tarde, cuando brillaron para Francia tres dias de reparacion, ¿fué la primera en adornarse de flores para la fiesta? Nó, se entristeció como de una derrota.

¿Qué prodigio, pues, es ese de una Iglesia que se dice nacional, y que siempre celebra lo que nos desespera y se desespera con lo que ce-

lebramos? Si perecemos, se levanta: si nos levantamos, perece. Cuando pasada aquella angustia, el pueblo se ha salvado á despecho suyo, ¿basta hoy ó mañana un libro, un sermón, una pastoral, para reanudar su alianza con el país? ¡No! La elocuencia y penitencias de San Bernardo no bastarian si fuera posible volverlas á encontrar; porque algo más elocuente que todas las palabras del mundo brilló en aquellos días solemnes en que la vida y la muerte estaban en juego.

A la claridad fúnebre de las invasiones se pudo ver donde se albergaban la esperanza, la vida, la redención. El sacerdote pasó junto al pueblo herido por la espada de todos los pueblos: dejó anegarse en su sangre al gran samaritano; se unió á los agresores. ¡Con M. de Bonald y los demás probó seca, doctamente, que el herido hacia mal en quejarse: con M. de Maistre dijo que quizás sería necesaria la sangre y la muerte de más de cuatro millones de franceses para calmar la sed de su Dios implacable! ¡Y se piensa aun, se imagina que Francia puede olvidar lo que sufrió en sus horas de agonía, cuando lo había perdido todo, hasta el sentimiento de sí misma! Nunca: si los hombres perdieran la memoria, las cosas la conservarían.

Cesad, por tanto, de repetir que la Revolución de 1830 destronó violentamente al Catolicismo despojándole de su autoridad de religion del Estado. Dicha destitucion fué, efectivamente, el resultado capital de la Revolución; pero

no fué ella su autora, á lo más declaró un hecho consumado. El catolicismo mismo, separándose de Francia en su dolor, estableció en todo el universo que no era ya el foco moral, la conciencia, la religion nacional de nuestro país, es decir, su corazón ni sus entrañas. Por manera que la justificación de la Revolución es haber escrito en las leyes lo que se había cumplido en los hechos por obra de sus mismos adversarios. Pasarán siglos de siglos. Todo el espíritu de las jornadas de 1830 está aquí, y es por ello por lo que son tambien irrevocables. El catolicismo con su consecuencia necesaria, el derecho divino infundado en una dinastía, se replegará bajo mil formas. Se ofrecerá á todos los partidos. Ensayará lo que más repugna á su carácter, renovarse en el nuevo espíritu, ó seguirá, sin dilatarse, inmutable testigo de un pasado que se aleja por momentos. Apesar de todas sus faltas, sea que pruebe á regenerarse, sea que se contente con ser el Brahmanismo ó el Buddhismo de Occidente, los espíritus cansados se refugiarán en sus ruinas. Será una gran secta; pero cualquiera que sean los caprichos del destino, no volverá á ser el alma y la religion de Francia. ¿Porqué? Porque él lo ha querido así. Se ha visto de que remotas fuentes procede la Revolución Francesa: no cae tan solo de manos del siglo diez y ocho, baja de las alturas de todo el pasado. Así, apesar de las apariencias, no se ha detenido un instante desde hace medio siglo. Cuando en-

cuentra un obstáculo, socava la tierra y reaparece algo más allá. Bajo la Restauracion, los escritores, los filósofos doctrinarios, decian que el peligro habia pasado, que con un poco de prudencia podia asegurarse que la democracia habia vaciado su copa. Pero con el instinto de propia conservacion, la monarquía absoluta sentia hervir y temblar el suelo bajo sus pies. Nada podia tranquilizarla. El sentimiento del peligro le decia mas que toda la ciencia de los publicistas. En 1830, todo el mundo vió surgir el rio de debajo de la tierra; aunque es verdad que estaba muy cambiado. Del abismo á donde habia sido precipitado, traia una cuestion que nadie conocía: la guerra de clases, la enemistad de la clase media y del pueblo.

Rigorosamente hablando, el espíritu de la Revolucion Francesa es identificarse con el principio del cristianismo. En medio del vértigo de las pasiones, esta idea reaparece desde Mirabeau hasta Danton; llega á ser la herencia de todos los partidos; es el iris de alianza que brilla en la lluvia de sangre.

Despues de diez y ocho siglos. empezamos, por fin, á declarar que Dios se ha encarnado en el hombre; la conciencia refleja de la presencia del Espíritu crea un nuevo Código de derechos y de deberes. Desde su origen, la Revolucion promete ser religiosa y universal; de aquí en primer lugar que su espíritu rechace cuanto puede disminuir la dignidad interior del género humano.

Guardaos, pues, de abatir el nivel moral, creyendo facilitar el advenimiento de la democracia; hariais precisamente lo contrario de lo que deseais hacer. Tengo miedo, lo confieso, de esa ligereza en las costumbres que se erige en teoría sublime. Quereis ser superiores á la clase media; no empezeis por imitarla en sus vicios. Todo estaria perdido, si por no sé que especie de fascinacion la miseria moral de los ricos se convirtiese en objeto de codicia para los pobres.

No penseis que el hombre, el género humano, consienta á ningun precio en decaer del bello ideal que ha entrevisto. No basta que del fondo del abismo grite un gran pueblo: «tengo hambre, tengo sed.» Dios le echará el alimento del cuerpo, pero le retirará la magistratura del mundo. El advenimiento de la democracia no puede ser sino un nuevo progreso del espíritu, de la civilizacion, del orden universal. O será todo esto, ó nunca será nada; lo que es impío suponer.

¿Qué se necesita para apresurar el porvenir? Que estalle una contradiccion manifiesta entre la dignidad interior de un pueblo y su condicion real, que esa oposicion vaya siempre en aumento, hasta que por la fuerza misma de las cosas no pueda subsistir; de tal suerte que el espíritu emancipe forzosamente al cuerpo, porque es así como se han cumplido todas las emancipaciones durables que el mundo conoce.

No se trata de una instruccion científica, de

un tejido de teoremas, de una biblioteca abierta á gentes que apenas disponen del tiempo necesario para vivir. No, no pido mas que una chispa, pero tomada en el foco más puro de la vida moral. Este pueblo se halla habituado á comprender fácilmente las palabras caídas de lo alto. La Constituyente, la Convencion, Napoleon le han dado, al pasar, esa educacion de rey; es preciso completarla.

Quereis emanciparle de la gleba; elevad, pues, sin cesar su espíritu á la altura del nuevo cielo moral. ¿Qué son esas teorías que nos dispensarán tarde ó temprano del ejercicio de todas las virtudes? El hombre decís hará todo lo que le agrade, nunca lo que de él exija algun esfuerzo. ¡Ah! ¿no veis que destruis hasta el último resorte del alma? Por mi parte, preferiría cien veces esta otra máxima: *haz siempre lo que tengas miedo de hacer*. Por que sé que en ese asalto interior, en ese trabajo heróico el alma se eleva, adquiere su fuerza, su punto de apoyo, crea, levanta un mundo; el hombre enjendra lo sobrehumano.

Si la soberania del pueblo no es la más falsa de las ideas, debemos educar un alma real, no tan solo un artesano para el taller, un labrador para el surco. No quiero únicamente que la democracia tenga su pan cotidiano; con el espíritu de mi siglo quiero tambien que reine; hé aquí por que exijo de ella virtudes soberanas.

Durante los tres dias de Julio se alzó á las nubes. El recuerdo de su clemencia en el com-

bate, la fé del voluntario del 92, el heroismo caballeresco de un Latour d' Aubergne, la inquebrantable constancia de un Carnot, el cristianismo espartano de Mme Roland, el entusiasmo del juramento del juego de pelota, el alma de bronce de la Guardia en los dias de angustia, hé ahí la corona ideal que debe flotar sobre su frente, la diadema que Dios ha preparado para la consagracion de la democracia moderna. Entre tantos partidos y clases como existen me preguntais cual triunfará; y yo os respondo que el poder, la autoridad, la legitimidad, serán del que permaneciendo fiel á este ideal se aproxime más á él.

Se dirá que soy muy exigente, que elevo hasta el cielo el ideal de la democracia; es verdad, pero considerad que es preciso colocarlo muy alto, puesto que debe ser visto, como un faro, del globo entero.

Observad un fenómeno extraño. El destino de Francia es encerrar en su seno á la vez la Revolucion más nueva y la Iglesia más antigua, y es lo más prodigioso que el porvenir nace de esta contradiccion. Luis XVI dirime la dificultad por el *veto*, el comité de Salvacion pública con el culto del Ser Supremo, Napoleon con la consagracion, Carlos X con las ordenanzas; todos estos gobiernos han caído por la misma cuestion, que aun no está resuelta. ¿Cómo no ver que el Catolicismo cumple entre nosotros hace medio siglo una mision extraordinaria? Tan pronto co-

mo Francia quiere reposar, el espíritu del pasado se despierta, se levanta, la provoca, la hostiga, hasta que para huir de él, se lanza en lo desconocido.

Por lo demás, no recaigamos en otra idolatría. Por grande que sea la Revolución no pretendo que la convirtais en un ídolo; si se hubiese identificado con el ideal religioso, si lo hubiese absorbido por completo, solo restaría volverla á empezar eternamente. Del oro puro que hay en el fondo de esos tiempos de dolor y de gloria, no pido que fabriqueis un becerro de oro.

Sería muy cómodo creer que somos los más piadosos, los más religiosos de los hombres, porque exigimos que el cristianismo se realice en nuestro provecho. Error extraño sería figurarse que para ser apóstoles del espíritu nuevo, bastaba divinizar nuestro interés. No nos finjamos la tarea demasiado fácil, porque no la llenaremos. ¿Creeré á ese filósofo alemán que me enseña que, después de todo, el verdadero bautismo es un baño para la salud del cuerpo, la verdadera comunión una comida espléndida? ¿Ajar el alma es emanciparla? Hablamos casi exclusivamente de realizar el Evangelio social para gozar de él. ¿Espera alguien llegar á la edad de oro de la fraternidad universal sin pasar por la abnegación, por el sacrificio, por el trabajo interior, quizás por la muerte? Pues si alguno lo espera, se equivoca; caerá en el colmo de la miseria, porque perdiendo el tesoro del alma, perderá tam-

bien la esperanza de atesorar para el cuerpo.

En cualquier momento que considere la historia de la Revolución, no hay ninguno cuyo espíritu pretenda eternizar, porque ninguno contiene y realiza en sí el ideal de verdad que necesita; ha tendido por un esfuerzo sublime á lo divino, se ha acercado á él en instantes supremos; pero no es todavía la justicia, el Evangelio eterno, la Religión absoluta. No me alistaré ciegamente en ninguno de sus partidos, no retrocederé al molde del pasado. No iré con los ojos bajos, sobre las huellas de ninguna de las facciones que han tenido por un día la conciencia de la salvación de Francia. Hombres nuevos, hagamosnos un mundo nuevo. ¿Creeré que el Imperio puede renacer porque he recorrido los campos de batalla de Napoleón? ¿Forjaré un ídolo de la Constituyente, cuyo puro entusiasmo me seduce? ¿Adoraré como un judío, al pie del monte Sinaí, la montaña del Terror? ¿Crearé un culto de espanto? Uno de los convencionales, amigo de Saint-Just, que estuvo frecuentemente en distintas misiones con él, uno de los hombres que más abusaron del Terror, me decía hace pocos años: «Los que hoy hablan del cadalso, no lo conocen; *es un resorte gastado*.» Puesto que la muerte está gastada en opinión de los mismos que la daban, ¿qué es lo que no lo está? La vida del alma, la conciencia insaciable de verdad y de justicia, el espíritu de creación que desciende perpétuamente entre vosotros para renovaros;

tal es el resorte que no se romperá nunca. El que lo tiene en sus manos, lo temple sin cesar en las fuentes de donde extrajo el universo.

De todo lo que he establecido resulta, que el ideal de la Revolución está hoy más cerca del cristianismo que el ideal de la Iglesia. ¿Diremos, sin embargo, que la Religión y el Estado son una misma cosa? ¿Haremos un fética de las leyes políticas y civiles? Nó, nos perderíamos irremisiblemente. ¿Tomaremos el Código Civil por la palabra santa, las Cámaras constitucionales por nuestros concilios? ¿Creeremos que con este abuso de las palabras nos acercaremos más á Dios, cuya conversacion no puede ni debe faltar nunca al hombre? ¿Qué sería esto verdaderamente, sino la parodia de nuestro pensamiento?

Habrá siempre un santuario inaccesible al Estado y sus ejércitos, y ese santuario ideal, colocado fuera del alcance de los gobiernos y las instituciones humanas, ese templo donde nunca penetrará la fuerza, ese recinto, esa Iglesia que no puede *reglamentarse* por ningun poder temporal, es la conciencia religiosa del hombre en comercio con lo infinito. Se busca siempre muy léjos ese poder espiritual independiente de la tierra. Le habeis colocado en Roma, en el Vaticano, despues en los libros del siglo diez y ocho, más tarde en las Asambleas, en los consejos de la Revolución, siempre en lo exterior. ¿Cuánto tiempo será necesario para declarar que ese poder, que ata y que desata, ha-

bita cerca de vosotros, en vosotros mismos, en vuestro pecho? El Estado nada puede contra esa Iglesia, y esa Iglesia domina al Estado; porque le juzga, le absuelve, le condena; sus decretos acaban siempre por ser ejecutados.

El hombre, creciendo interiormente, duplicando en sí, por un esfuerzo sublime, la vida moral, opera, sin saberlo, una revolucion en el género humano, que tarde ó temprano está obligado á ponerse á su nivel. Diré de buen grado que todos llevamos en nuestra conciencia la cadena de diamante que sostiene el universo moral; á medida que nos elevamos, obligamos al mundo á elevarse con nosotros. Lo que ha de constituir la fuerza de nuestros tiempos, empieza por obstruirnos el camino. Nos vemos embarazados y abrumados por las potencias que nos acaba de dar Naturaleza. Esas fuerzas nuevas é incalculables, esas máquinas desconocidas en que fermenta la energía del globo, esperan la idea que debe dominarlas. ¿De quién será la victoria: de la gota de vapor condensada en la caldera, ó del pensamiento divino depositado en el corazon del hombre? Hé aquí el combate que presenciarnos. La naturaleza se manifiesta en todo su poder para desafiar al hombre en un duelo supremo. Si no queremos ser vencidos en este honroso combate, reunamos, pues, nuevas energías morales. Cuando en el siglo XVI se descubrió la imprenta, el Espíritu produjo la Reforma. Hoy los descubrimientos del mundo físico agui-

jan de nuevo al alma; para no ser aplastada por la rueda, debe ésta alzarse hasta Dios.

En los sistemas generosos que se producen hace veinte años y que atestiguan la esperanza que llena la tierra, casi siempre se imagina cambiar el orden social sin tocar á la religion. ¡Como si un nuevo mundo pudiera insinuarse en silencio y aparecer sin turbar el reposo de las Iglesias antiguas ó apoyándose en ellas! ¿Expondré mi pensamiento? Nuestros utopistas no me parecen bastante atrevidos. No bastaría que todas sus promesas se realizasen. Pediria aun la reforma de la reforma, es decir, la renovacion no sólo de las cosas, sino del hombre interior, del Espíritu, de la Iglesia viviente.

La Revolucion Francesa en su desenvolvimiento prometió ser universal, de lo que resulta que debe contener y conciliar el principio social de todas las Iglesias y sobre todo del catolicismo y del protestantismo. Con esta sencilla idea es fácil ver si una teoría, una utopía, un sueño, están dentro del plan, en el génio de la Francia moderna.

A fines del siglo XVI, un monge italiano, Campanella, imagina una nueva humanidad en el fondo de una prision. La comunidad de bienes, (1) la abolicion de la familia, del hogar doméstico, de la patria, de la nacionalidad, la agri-

(1) Omnium comunitas. etc. (*De Civitate solis.*)

cultura ejercida en comun, la gerarquía de alto abajo, la distribucion de las riquezas en proporcion de la capacidad y el trabajo de cada uno, el papado en la cumbre; tal es la utopía católica en su expresion más ingénua. Vese en su fondo el monasterio. Campanella mismo declara que se ha inspirado en la Iglesia (1) para realizar la *monarquía de Cristo*, (2) é implora el brazo secular de España. La gran idea que resalta en esta república ideal, es el principio de asociacion, el alma del catolicismo; pero, ¿y el individuo? No existe.

Por el contrario, hé ahí en una isla desierta á un hombre, Robinson, arrojado por el naufragio encima de una roca. Desnudo. sin defensa, sólo le queda la Biblia, está sólo; lo saca todo de sí mismo y del libro sagrado: es la utopía del protestantismo. El mundo busca su camino entre ámbos sueños.

Cuando el Saint-Simonismo importó á Francia el ideal del monje de Calabria, muchas personas creyeron haber dado un paso irrevocable hácia el porvenir, y sin embargo, es evidente que prosiguiendo sin interrupcion el ideal de la

(1) Sed ego dico finem monarchiarum jam advenisse, et quod in eo jam ævo simus quo omnia Sanctis et Ecclesiae subjicci debent. (*Mon, hisp. p. 22.*)

(2) Monarchia Messiae. Atheismus triumphatus. (*De Monarchia hispánica.*)

Edad-media, suprimian toda la individualidad del hombre moderno. Durante algun tiempo estuvieron unidas en ese letargo maravilloso, mas al fin encontraron en sí mismas al hombre moderno que exhaló un grito, grito que las despertó. Sin saberlo habian soñado con el porvenir á la sombra poderosa de la Iglesia de la Edad-media.

Entre los dos principios contradictorios que la Revolucion Francesa debe conciliar al fin, la asociacion y el derecho del individuo, nos inclinamos naturalmente á demorar el advenimiento del segundo. La educacion católica que hemos recibido por espacio de diez y siete siglos, ha dejado en nosotros huéllas de absolutismo que no siempre distinguimos. De ahí la singular facilidad con que permitimos que se vele la libertad, aunque sin renunciar á ella. Cada partido se promete á sí mismo una hora de despotismo, un 18 brumario, para asegurar la independéncia de los otros. Parece siempre un tanto sorprendidos al hacer uso del derecho de discusion y exámen. Nuestro primer movimiento es fortalecer al Estado, sólo por reflexion pensamos en el individuo, en la persona. Uno de los fenómenos que asombran al mundo es ver que despues, de tantos trastornos, la institucion por excelencia, la familia, se rige exclusivamente entre nosotros por el derecho eclesiástico. El matrimonio sigue siendo el sacramento indisoluble de la Iglesia romana. Nuestra ley civil considera el divorcio como una

heregía. Parece increíble que apesar de la libertad de cultos, impongamos á todos, á los creyentes como á los que no lo son, el dogma católico en el fuero más íntimo de la vida privada. ¡De cuántas perturbaciones interiores ha sido causa esta contradiccion! Tal ha sido la de buscar léjos una teoría trascendente, para lo que bastaba reclamar la lógica del sentido comun.

Tendencias, aspiraciones á un mundo mejor que el terrestre; tal es el génio de nuestro siglo: la sacudida que la Revolucion ha impreso á la tierra es tan grande, tales cosas se han visto, tantas montañas se han allanado, tantos precipicios se han colmado, que no hay milagro social que no parezca posible. Antes, el género humano encorvado sobre la gleba, sentía por intervalos resbalar un soplo por su frente, como el fresco hálito de los siglos futuros; se entretenia en imaginar una edad de oro; despues, pasado un instante se preguntaba, ¿es un sueño? Hoy, por el contrario, contemplando el edificio de las nubes, las ciudades atmosféricas que se dibujan en el horizonte en la púrpura y el oro del sol, se llega á pensar que ese sueño del cielo podrá descender mañana sobre la tierra y ser de su dominio. ¡Cosa estraña, grande en sí, presagio del porvenir! Hay hombres que ya se imaginan abrazar su ideal. Lo que otras veces se llamaba delirio, utupia, se denomina ahora teoría. No desprecie mos los sueños. Para quien sabe interpretarlos, contienen sin duda restos y principios de ver-

dad. Ese gran tripode del porvenir de que Napoleón hablaba en Santa Elena, y que según él descansa en tres grandes pueblos, produce palabras extrañas, frecuentemente difíciles de entender: esas palabras sibilíticas ensordecen los oídos. Unos las aceptan, la mayor parte las rechazan, pero es evidente para todos que la Revolución Francesa ha restituido á la tierra la fé en lo imposible.

Y en efecto, no solamente es posible con los siglos, sino inevitable y sin cesar inminente, todo lo que debe aumentar la dignidad íntima del hombre. No hay nada impracticable, sino el acto de renunciar á la belleza moral y el trastorno del alma humana. En la embriaguez de las teorías, dejadme, pues, siempre el sacrificio, la intimidad, la fidelidad del corazón, la santidad del juramento, la persona moral, la piedra del hogar, la familia, la patria; fuera de esto no hay más que confusión y desesperación. Se ha observado con justicia que existe hoy un divorcio de espíritu entre el hombre y la mujer. No alienta estas á los innovadores; vuelven á entrar una á una y desaparecen en la *fé caduca* (1) de la antigua Iglesia. ¿A que obedece este fenómeno? A muchas causas: hé aquí tal vez la más importante.

Las mujeres son el corazón del género humano, y el corazón ha sido herido. Esas almas

(1) Calvino. II Inst. chrét.

nutridas de sacrificios, de abnegación, insaciables de un ideal de pureza, no han sabido que hacer en medio de sistemas que despreciaban todo esto. De un lado, el sacerdote murmuraba á su oído las palabras eternamente poderosas, abnegación, llanto, inmolación, belleza, santidad del alma; de otro, escuchaban casi exclusivamente las de restauración de la materia, aumento de los salarios, vanidad del sacrificio, locura de las lágrimas interiores. ¿Es, pues, maravilla que casi todas estén de parte de quien guarda al menos las apariencias de las cosas invisibles? De donde desaparezca el sacrificio, debe desaparecer el corazón de la mujer.

Peró este es un contrasentido que no puede durar largo tiempo; porque á despecho de todas nuestras fanfarronadas de príncipes, después de habernos coronado de mirto, no podemos ni aún en el trono del porvenir, privarnos de lágrimas, de crucifixión, de inmolación, de santidad moral. Hombre, género humano, gran rey, advenedizo, que tienes ya el vértigo, no te emanciparás de la cuna, ni de la muerte, ni de la sed de lo invisible, de lo eternamente bello, de lo puro sin mancha ni alteración. Para todo esto necesitas lágrimas; ¡no sabes cuentas verterás aún! Tal es la razón porque la mujer volverá al lado de los innovadores. ¡También aquí hay lágrimas! ¿Qué pretendéis hacer sin vuestras madres y sin vuestras hermanas? ¿Será menester que las antiguas virtudes nos hagan

lugar y desaparezcan para abrirnos paso? Sería locura imaginarlo. Elevemos, pues, nuestro pensamiento: queremos merecer simpatías sin las cuales no es posible la victoria; tan verdad es que el medio de apoderarse irrevocablemente del porvenir, no consiste en abatir el nivel para que bajo él fácilmente quepan las almas vulgares, sino en colocarlo en el ideal eterno de amor, de santidad, de heroísmo.

La Revolución Francesa no es tan laboriosa sino porque, teniendo que conciliar muchos principios, no quiere encerrarse en ninguno con exclusión de los demás. No creamos haber adelantado gran cosa en la constitución de la sociedad futura, cuando á fin de presentarnos la tarea más fácil, suprimamos un miembro vivo. Algunas veces veo palidecer en nuestras teorías á Francia, á la patria, en provecho del género humano. No os abandonéis á esta pendiente. Si se buscase el origen de dicha tendencia, se vería que nació bajo la Restauración, en la noche de la invasión, cuando Francia perdiera la conciencia de sí misma. El sistema de renunciar á la nacionalidad, ha nacido en la tumba de un pueblo. Pero el muerto ha resucitado. Francia ha recuperado el sentimiento de sí misma, dejemos, pues, allí los pensamientos del sepulcro.

Por otra parte, ¿no sentís que este país, esta tierra que menospreciáis es necesaria al mundo? M. de Maistre dice que Francia está investida de una verdadera magistratura en el universo.

¿Cuándo sus enemigos hablan así, serán sus hijos los que sostengan lo contrario? ¿No verán los ciegos que la magistratura continúa con la necesidad de la función, que el pueblo que ha hecho la revolución es necesario para dirigirla, explicarla y desenvolverla? ¿Quién dirá al mundo el sentido, las consecuencias, el espíritu de la nueva era, sino es el pueblo que la ha creado ó inaugurado? ¿No es menester que el obrero subsista para velar por su obra y repararla? Además, ¿dónde está el poder, dónde la nación que sustituya á Francia en la magistratura y en los peligros que ésta lleva consigo? ¿Dónde el pueblo que ha planteado con más franqueza la cuestión entre la clase media y el proletariado, que encierra un mundo desconocido? Basta con pasar la frontera, para aprender mucho respecto de este particular. Por todas partes oireis decir á las naciones tranquilas, sentadas á su hogar, que Francia va en busca de peligros desconocidos, que se fatiga por conseguir un bien que nunca llega, que se consume en vez de gozar. Sí, en efecto, se consume, pero es por la gloria del mundo, por los otros tanto como por sí misma, por un ideal aun no alcanzado de humanidad y de civilización. Amad, pues, á este país, no como una abstracción doctrinaria, sino como una tierra consagrada. Cuando los metafísicos os propongan emigrar sin simpatías, sin recuerdos, por la superficie del globo, recordad aquella frase que salvó á la Revolución: «Lle-

varé mi patria en la suela de mis zapatos.»

Ha terminado la larga peregrinación que juntos emprendimos. Al llegar al fin, se abren otros horizontes, pero por ahora es preciso detenerse. Entre tantos sucesos y siglos diferentes, me he impuesto la tarea de no aventurar nada que no haya aprendido en los monumentos inmutables y en las fuentes. He comparecido ante vosotros como ante mi conciencia, he buscado, he invocado la verdad; y la he expuesto sin arte, en la forma que la he visto. He hablado con el sentimiento de la grandeza de nuestro siglo sería una falta: para con él, pecar por falta de libertad y de franqueza.

Si el año ha sido rudo para nosotros, no ha sido inútil. En la fraternidad de pensamientos que desde hace veinte años nos une á M. Michelet y á mí, hemos sentido germinar nuestras palabras en corazones amigos. ¡Pueda extenderse esta fraternidad con nuestras palabras!

Hemos deplorado no ver en la lucha á ese enviado del destierro, (1) que consolando á la emigración polaca, mostraba la alianza de Francia y del mundo eslavo.

Debo dar gracias á la prensa que siempre que se ha suscitado alguna dificultad en contra nuestra, ha reivindicado inmediatamente los derechos del libre exámen: ha visto en nosotros hombres que colocados fuera de los partidos, no

(1) M. Mickiévicz.

tienen otra causa que el honor de Francia y la dignidad del espíritu humano.

En cuanto á vosotros ¿qué os diré? Nos conoceremos en adelante; no tenemos necesidad de mútuas explicaciones. Francia sabe que se educa una generación que trae un nuevo ideal, nadie puede decir que forma revestirá la vida moral que aquí habeis mostrado. Pero es evidente que no se extinguirá por completo, y que influirá algo en la historia de nuestro tiempo. Nos habeis rodeado, y nuestros enemigos no han podido llegar hasta nosotros: nos habeis abrumado con testimonios nacidos del corazón, y Dios sabe que no los he atribuido á mi persona. Os he dado lo mejor que habia en mí; me habeis entregado en cambio la chispa sagrada que toda alma joven trae al mundo. Conservemos el foco que se ha formado aquí con lo más puro de nosotros, y sea esta nuestra ofrenda al Dios del pasado y del porvenir. Separándonos, seguiremos unidos. Pensaré lejos de vosotros en estas horas de entusiasmo, también vosotros os acordareis de mí alguna vez.

No olvideis que en este último instante nuestros enemigos velan todavía. Retiraos tranquilamente. Adios, señores, sois ¡la primavera del año y la esperanza de Francia.

FIN

APÉNDICE



CARTA

AL

SR. DIRECTOR DEL «DIARIO DE LOS DEBATES»

MUY SEÑOR MIO: No nos ha sido difícil á M. Michelet y á mí renunciar á dar contestacion á las acusaciones que se nos han dirigido en las Cámaras de los Pares. Despues de haberlas examinado, no nos tomaremos la pena de refutarlas. Pero la misma benevolencia que V. ha mostrado para con ausentes, me obliga á manifestarle mi agradecimiento, y á dirigirle algunas observaciones acerca de la reserva que muestra respecto de mí.

Piensa V. que si me he separado del programa de mi curso, algunas prudentes advertencias bastarán para que me limite á él: palabras tan moderadas como esas, no pueden ménos de causar impresion, aún á mis propios amigos, y si pudiese